

puestos á dar nuestra vida por él? ¿En qué consiste que creéis que Dios es el sumo bien y no le amáis? ¿que es infinitamente justo y no le teméis? que tiene preparada una felicidad eterna y no hacéis diligencias para merecerla? ¿que hay un fuego eterno é inextinguible y no teméis tan terrible castigo? ¿En qué consiste que el mismo Verbo eterno se hizo hombre por nosotros, nos dió su ley y sus sacramentos, y ni la cumplís, ni apreciáis estas fuentes de la gracia? Consiste en que vuestra fe es tibia y está muerta en vosotros, en que no la estudiáis ni meditáis, en que solo sois cristianos en la apariencia, pero sin obras de cristianos ni espíritu de cristianos; creéis que lo hacéis todo con cumplir algunas exterioridades religiosas, con venir alguna vez á la iglesia y estar en ella distraídos y disipados, con rezar algunas oraciones sin fervor y sin atencion, con recibir alguna vez los sacramentos, mas bien por fuerza y por el temor del mundo que por amor á Dios. ¿Os habéis detenido seriamente alguna vez á contemplar que estáis obligados á amar á Dios mas que á todas las cosas, y que todas debéis perderlas ántes que ofenderle? De esta falta proviene el que seáis vencidos á las primeras tentaciones de vuestros enemigos, el que caigáis con frecuencia en el pecado, el que os dejéis arrastrar de los malos ejemplos, conversaciones y escritos, el que en vuestras resoluciones no miréis tanto á vuestra conciencia y á vuestro Dios, como á vuestros intereses y aumentos temporales. Si fuera tan viva vuestra fe; si meditaseis y contemplaseis sus verdades con el espíritu de santa Águeda; si estuviereis tan fuertemente arraigados en la fe del Hijo de Dios como vuestra patrona, le amaríais tambien y daríais vuestras vidas por él.

He aquí, hermanos míos, lo que debéis aprender y á lo que debéis estimularos con el poderoso ejemplo de esa gloriosa santa: ved el obsequio que debéis prestarla y las resoluciones que debéis formar entre los himnos de vuestras alabanzas. He aquí la obligacion que tenéis, puesto que vivís y profesáis la misma fe. Conocéd la causa de vuestras tibiezas, de vuestros pecados y de vuestros excesos, y rogád á vuestra santa que os alcance del Señor una fe viva, una fe alimentada de la caridad y ejercicio de las virtudes, una fe que os disponga á vivir y morir por Jesucristo, y que al fin os dé la entrada en la vida eterna, para que en union con santa Águeda y todos los ángeles y santos alabéis al Señor por los siglos de los siglos. Amen.

SERMON

DE SANTA ÁGUEDA VÍRGEN Y MÁRTIR ⁽¹⁾.

(DE LA BIBLIOTECA PREDICABLE.)

LA CONFIANZA GRANDE EN DIOS HIZO QUE SANTA ÁGUEDA TRIUNFASE Y VENCIESE LOS MAYORES PELIGROS, Y QUE SE MOSTRASE ESPOSA DIGNA DE JESUCRISTO.

Qui gloriatur in Domino gloriatur.

El que se gloria en el Señor gloriase.

2ª Corint., c. 1. v. 17.

« Que nos alegremos en el Señor, devoto auditorio: que nos alegremos en el Señor celebrando regocijados con los ángeles « la fiesta de santa Águeda, » ha dicho ese ministro de Jesucristo al principiar la misa que interrumpo para excitaros á imitar las virtudes de una doncella noble, rica, hermosa, honesta y adornada de todas las prendas que hacen á una mujer admirable y digna de la memoria de los buenos. Que se llenen de gozo nuestras almas, que nuestros corazones sean inundados del torrente de delicias que se desprende de la gracia, y prorumpamos en cánticos de alegría, y general accion de gracias, es á lo que nos invita la Iglesia al recordarnos la memoria de una santa, que habiéndose gloriado en el Señor, nos señala el camino que debemos seguir para ser temporal y eternamente felices. Que seamos en fin verdaderos devotos de santa Águeda; que alabemos, ensalcemos y glorifiquemos al Dios que nos la

(1) Como por lo general acostumbran á hacer la fiesta á esta santa las mujeres en su dia, se ha compuesto este sermon teniendo presente esta circunstancia.

concedió en su misericordia, y que la imitemos en la confianza con que todo lo esperó del cielo, es todo lo que se propone la esposa de Jesus en la solemnidad con que celebra las virtudes, los triunfos y las victorias de la que excita nuestro entusiasmo religioso en este día de gloria para este pueblo.

¿Seremos insensibles á excitaciones tan piadosas, á exigencias tan justas, tan análogas á nuestra devocion afectuosa, tan propias de nuestros sentimientos religiosos y tan conformes con las galas « de fiesta y demas señales de singular placer que « se notan en las que concurrís hoy á este santo templo? » Será por bien? ó será por mal todo ese aparato de regocijos que se advierte entre las que hacen esta funcion á la gloriosa mártir de Catánia? Quiero decir: vuestro júbilo y alegría ¿proceden de un principio virtuoso y se dirigen á un fin santo? ó son efectos de pasiones bastardas encubiertas con las apariencias de la religion? Esto último no puede creerse de vuestra honradez, de vuestra religiosidad, de la decision laudable con que os habéis propuesto vivir bajo la egida, proteccion y amparo de santa Águeda. Sois una raza bendita, la tierra en que vivís es una tierra santificada con las grandes virtudes de vuestros padres, y no, no es de presumir que la manchéis con las obras de los malditos hijos de Canaan. Tenéis sin duda vehementes deseos de oír los elogios que merece la santa á que se dedican los presentes cultos: colocáis vuestra gloria en ser honestas, puras, santas é inmaculadas al lado de vuestra compañera santa Águeda, y mi oficio en este día no debe ser otro que el de radicar en vuestras almas tan cristianos sentimientos, el de estimularlos á la virtud y hacer que ofrezcáis al mundo una prueba de lo que puede una mujer, que instruída en los deberes de la religion, se gloria en el Señor como lo manda san Pablo. *Qui gloriatur in Domino gloriatur.* Os conduciré pues por las sendas que atravesó santa Águeda, y os demostraré que su confianza en Dios la hizo triunfar y vencer los mayores peligros, mostrándose digna esposa de Jesus. ¡Ojalá que yo logre infundir en vuestras almas deseos ardientes de imitarla, para que seáis como ella virtuosas en la tierra y eternamente felices en el cielo! para que así sea:

Inspirádme, Dios omnipotente. Dirigidme y hacéd que todo ceda en honor y gloria vuestra. Que acaben de entender los hombres que todo es fácil con vuestra gracia, que la mujer temerosa de Dios será alabada, y que con el poder de vuestra

diestra tendremos en las mujeres de este pueblo otras tantas Águedas consagradas á vuestro santo servicio. Os lo pedimos y suplicamos por medio de la que mereció que el ángel la saludase diciendo, *Ave Maria.*

Qui gloriatur in Domino gloriatur.

En el mundo todo es tentacion, todo veneno, todo escollos, todo peligros para la inocencia. ¿Hay en él cosa mas expuesta que una doncella por virtuosa que ella sea? Su mismo candor, su sencillez, su pudor, sus gracias y hasta su santidad manifiestan la existencia de una preciosa margarita que todos ambicionan, que todos quieren poseer, y que para lograrla no hay armas por prohibidas que sean, de que no se valgan los libidinosos hijos de la carne. Ruegos importunos, esperanzas halagüeñas, ofertas brillantes, sollicitaciones, amenazas, artificios y cuantos resortes pueden influir en la consecucion de sus criminales deseos, todo, todo se pone en movimiento para vencer la constancia y rendir la virtud de la que, santificada en el bautismo, sabe que su cuerpo es un vaso de honor que debe conservar á disposicion del Dios de la santidad á quien pertenece. ¿Cuántas veces acosada de enemigos interiores y exteriores, se ve precisada á pedir alas de paloma para volar y esconderse en el desierto, á fin de librarse de las peligrosas asechanzas con que el mundo, el demonio y la carne coligados se proponen atraerla al partido de la corrupcion reinante en la Sodoma del siglo? ¿Y cuántas otras cosas no tiene que sufrir la mujer virtuosa para conservar su honradez, y no ser víctima de un amor impúdico, de un cínico libidinoso, de un hombre ilusionado con los placeres, con las riquezas y con todos esos aparatos de la soberbia, de la altivez y arrogancia de los que se tienen por dioses en la tierra, porque dominan en ella como Satanas en los tabernáculos de los pecadores? Nuestro siglo comprende muy bien esta materia, y vosotras sabéis acaso mejor que yo la exposicion que corre vuestra virtud en estos tiempos de relajacion, de libertinaje y de impiedad, en que tan á sus anchuras reinan la *ambicion*, la *soberbia* y la *lujuria*, fuentes de todos los demas vicios, como lo dice el apóstol Santiago. Pero no: no temáis ni os desconsoléis; alegráos, regocijáos mas bien y gloriaos en el Señor, orque su bondad ha dispuesto que seáis en la sociedad cristia-

na lo que es la flor en el campo, el lirio en los valles y la rosa entre las espinas. Con el amor divino y la confianza en Dios se vencen todos los peligros, se consigue un triunfo completo contra los enemigos de las almas y se pone de manifiesto que es suave el yugo de Jesucristo, y muy ligera su carga. ¿No lo asegura así la sabiduría eterna, y se ve en la vida y martirio de santa Águeda?

Esta santa amando á su Dios y confiando en su misericordia, ¿no triunfó gloriosamente de todo el poder del mundo y del infierno, manifestando placer y alegría en los atroces tormentos con que intentaron rendirla y apartarla de los brazos del celestial esposo que la fortalecía? Pues todo esto es obra de la religion que profesáis: y con ella, ¿quién duda que podéis ser tan santas, puras y perfectas como deben serlo las hijas de la gracia? Imitad á santa Águeda, amád como ella amó á su celestial esposo, esperádo todo de su bondad y clemencia, y estad seguras de que así como se liquida la cera al lado del fuego, del mismo modo se disipan y desvanecen los esfuerzos de los pecadores á la vista del amor divino y de la confianza en Dios, como se ve en la santa prodigiosa que nos reúne hoy en este santo templo.

Ella fué noble, rica, hermosa, honesta y cristiana desde su primera edad. Su inocencia nutrida con la piedad que se bebe en los manantiales de la revelacion, la hacia tan agraciada, que hasta tenia embelesados á los mismos ángeles, llenos de asombro al verla crecer en virtudes, al observar que el cielo derramaba en su alma aquel aroma celestial que todo lo atrae hácia sí y hace santos á los que saben conservarlo con su buena voluntad. Sus pasos fueron rectos, su conducta angelical, su posicion á los veinte años de edad la mas brillante. Los embelesos de la hermosura, los encantos del mundo, la dulce perspectiva de los placeres, las caricias de los padres, los atractivos de la vanidad, los adornos, la elegancia y otros mil motivos de complacencia que rodean á la opulencia ¿no llevan consigo una especie de magnetismo capaz de deslumbrar á las hijas de los hombres? Pero tan bello ideal, tan pomposos aparatos de grandeza, con todas las delicias de un provenir tan lisonjero para la que era tenida por la mas celebrada doncella de Sicilia ¿pudieron fijar su planta en el corazon virtuoso de santa Águeda? Ay señoras! santa Águeda desde su tierna edad celebró un pacto de

union eterna con Jesucristo, y en nada pensaba mas que en cumplirlo. Amaba con todas las veras de su alma á Jesus, y como el amor es mas fuerte que la muerte, segun la expresion de los cantares, ardia su corazon en la caridad mas acendrada, y todo en ella era pureza, virtud, santidad y perfeccion. De aquí aquellos combates, triunfos y victorias propias de los que esperan en el Señor, su convencimiento de que todo lo podia con la gracia, y sus ansias por padecer y morir por el que tantos derechos tenia para poseer su corazon. De aquí... ¿Pero de qué no es capaz una alma encendida en amor divino, y confiada en la proteccion y asistencia del que jamas abandona á los que le invocan con rectitud de corazon?

Nada importa que Quinciano, presidente de Sicilia, mande comparecer á santa Águeda á su tribunal, que enamorado de su belleza la pretenda gozar, que para seducirla y obligarla la ponga en una casa de prostitucion, ni que se inventen recursos para apartarla de su propósito de servir á Jesucristo, único objeto de su amor; porque confiada en su Dios, todo lo vence y supera. Nada importan tampoco las amenazas, el rigor, la crueldad y fiereza de los verdugos, porque escrito está « que los que « esperan en el Señor no serán confundidos. » (*Ecc. 1.*) Ni vale cosa el que Quinciano revestido de orgullo, de arrogancia y altivez trate de atemorizar á santa Águeda; porque esta digna esposa de Jesus, alentada por su celestial esposo, no se detendrá en decirle « no te canses, ni pierdas el tiempo, Quinciano: porque ántes perderá el sol su claridad, el fuego su calor y la nieve su blancura, que yo deje de ser toda de mi Jesus adorado. Si quieres usar de hierro contra mí, aquí está mi cuello: si quieres azotes, cadenas, fieras, ecúleos, fuego, lazos y sangre, mis carnes, mis ojos, mis manos, mi cabeza y todos mis miembros están dispuestos y preparados para sufrir hasta los tormentos del infierno, ántes que dejar de vivir y morir cristiana y vírgen. Atormenta pues: quema, ata, aprieta, desuella, quebranta, hiere, arranca, ahoga, descoyunta y mata mi cuerpo, que cuanto mas cruel seas conmigo mas favorecida seré por el verdadero Dios en quien confío. » Á un alma como esta ¿quién es capaz de vencerla? Nadie, dice san Pablo, porque Dios está con ella, y Dios no puede ser vencido. Que Quinciano mande cortar los pechos á santa Águeda y la atormente con la mayor crueldad, que mande sembrar el suelo de carbones encendidos

y pedazos de vidrios y tejas para que, revolcada la santa desnuda, fuese abrasada y lastimada; que la azoten y reduzcan á un estado mas lastimoso que el que ofreció el santo Job en su asqueroso muladar... nada de esto servirá mas que de hacer manifiesta la bondad del Dios que es admirable en sus santos. El apóstol san Pedro acompañado del discípulo amado bajó del cielo á la cárcel en que padecía santa Águeda, para restituirla sus pechos y dejarla buena, sana y robustecida. Un grandísimo terremoto pone en consternacion á Catania; mueren dos amigos y consejeros de Quinciano; se amotina el pueblo creyendo que el cielo le castiga por el rigor con que era tratada santa Águeda; la vida del cruel presidente pelagra, y todo anuncia que el cielo y el infierno, el vicio y la virtud, la fe y la idolatría, la religion y la impiedad están interesados en la pelea de Quinciano con santa Águeda, y que de esta es el triunfo y la victoria.

En efecto, el cruel presidente vacila, se estremece y se confunde al verse vencido por una jóven doncella defendida por Jesus, cuando santa Águeda en la cárcel se dirige á su amado en estos términos: « Dios eterno, que me has fortalecido con tu gracia para seguir los caminos de la virtud y vencer con ella tantos tormentos, abre los brazos de tu piedad y recibe mi espíritu que anhela por vivir eternamente con vos en el cielo. » Con esta oracion fervorosa acabó la vida de santa Águeda, dejándonos los mas poderosos ejemplos para amar á Dios y confiar en sus misericordias infinitas: para desear padecer, sufrir y morir por Jesucristo: para hacer frente á los enemigos de nuestras almas, y para que nos propongamos por tema de nuestra conducta las notables palabras con que el Apóstol dice á todos los fieles « el que se gloríe, gloríese en el Señor. » *Qui gloriatur in Domino gloriatur.*

Qué os parece, señoras respetables? ¿Qué decís de nuestra abogada santa Águeda? Si la imitáis en su fe, en su esperanza y en su caridad, ¿podrán competir las fuerzas del mundo, del demonio y de la carne con las de la virtud sostenida por el Dios de la pureza? Si la malicia de los hombres es ingeniosa y las pasiones poderosas en sus exigencias, ¿no es cierto que para la gracia no hay imposible, y que con ella siempre vencen los que confían en el Señor? Entregad á Jesus vuestras almas, vuestros cuerpos, vuestras potencias y sentidos, y él os cuidará como á las niñas de sus ojos: os dará valor y fuerzas para pelear y ven-

cer, y nadie será capaz de manchar vuestra pureza, de ofender vuestra honradez, de atentar contra vuestra virtud, ni de haceros caer en el pecado. No apartéis vuestra consideracion de la vida y muerte de santa Águeda: observád en ellas que no puede ser confundido el que espera en el Señor, que siempre se triunfa con la gracia, y que los enemigos de nuestras almas perecen á los filos de la fe, de la esperanza, y de la caridad de los que se glorían en el Dios que adoramos en aquel augusto tabernáculo del altar. El cruel Quinciano despues de la muerte de santa Águeda resolvió hacer un viaje á Palermo, para apoderarse de sus bienes y riquezas; pero en el camino le estropearon los caballos, le arrojaron en un rio y en él quedó sepultado. Ved aquí la suerte de los lascivos, de los ambiciosos, de los que persiguen la virtud, y de los que no piensan mas que en los placeres y deleites de la carne, sin miramiento á los deberes que nos impone nuestra santa y adorable religion. Santa Águeda despues de muerta mereció que el mismo Jesucristo en forma de un hermosísimo mancebo ricamente vestido, acompañado de cien ángeles, bajase del cielo á poner sobre su sepulcro una losa de mármol con una inscripcion en que se lee su elogio, en que se la alaba por su muerte santa y por el encendido afecto con que se ofreció á su Dios, y en que consta su santidad. Dios hizo que los mismos paganos fuesen al sepulcro de esta santa á suplicarle que los librase de los horrores de un incendio, que por la mediacion de esta gloriosa vírgen consiguiesen lo que deseaban y pedian, y que quedase consignado que santa Águeda tiene un gran poder en el cielo por haberse gloriado en su Dios mientras vivió en la tierra.

Esta es la suerte de los que aman á Dios y confían en su piedad y misericordia. Ella seguramente es la mas feliz y venturosa, y yo os la deseo, para que con toda propiedad seáis llamadas las Águedas de este pueblo, y para que celebréis este dia con el júbilo y alegría que perciben los justos en la tierra y los ángeles en el cielo al oír las obras de una esposa del Cordero, vírgen que vivió inocente, murió santa y fué llamada á reinar eternamente con su amado en la gloria, que á todos deseo. Amen.

